

GUILLERMO BUSTAMANTE ZAMUDIO*

DE PULGARCITO A PINOCHO: SOBRE INFANCIA Y ESCUELA

Estamos acostumbrados a esos cuentos en las vestiduras [...] que llevan en nuestra época. Pero, en el fondo, ¿qué sentido tuvieron en su propia época?

Marc Soriano

Resumen

*La infancia, como período durante el cual se adolece de atributos que van a ser aportados por la escuela, es un producto de la modernidad. Esta idea se ilustra en el artículo mediante la comparación de dos cuentos: **Pulgarcito**, en el siglo XVII (aunque es una tradición anterior), muestra a un niño con potencialidad, que resuelve su conflicto con ingenio, enfrentándose, de igual a igual, con los adultos, en un contexto donde la escuela no se menciona. Por contraste, en **Las aventuras de Pinocho**, a finales del siglo XIX, el estatuto de muñeco se hace coincidir con la ingenuidad y la torpeza, y con juicios negativos (ocioso, mentiroso, grosero), endilgables a quien no quiere estudiar; estado del que puede salirse –y ganar el estatuto de niño– sólo mediante la aceptación de una ausencia de iniciativa y la sujeción al dispositivo de la escuela.*

Palabras clave: Infancia, escuela, niño, adulto, cuentos.

Abstract

*The childhood, as a period in which to suffer from attributes that go to be provided by the school, is a modernity product. This idea is show in the article by means of the comparison of two stories: **Pulgarcito**, in the 17th century (although is an old tradition), show a children with potenciality, that solve his conflict with inventiveness, confronting from equal to equal whit the adults, in a context where the school is not mentioned. In contrast, in **The Pinocho's adventures**, at the end of the 19th century, the doll statute to be coincide with the ingenuousness and slowness, and with negative judgments (idle, lying, vulgar), saddled who don't like to study; condition from which can to leave –and to win the doll statute– only by means of the approval to lack initiative and the subject to the school device.*

Keywords: Childhood, school, children, adult, stories.

* Profesor Universidad Pedagógica Nacional, Bogotá. E-mail: bustama@colnodo.acp.org
Texto recibido el 10 de marzo de 2004 y aprobado el 22 de junio de 2004.

Introducción

Estamos inclinados a considerar como natural lo que nos causaría displacer aceptar como construido. Esta idea –paráfrasis de una afirmación de Freud¹– viene al punto para ejemplificar una tensión en los enunciados sobre la educación, según reivindicquen el “deber-ser” (puesto en el costado de lo “natural”), o lo evadan (actitud que abre la posibilidad de toparse con la construcción social).

Quienes requieren el deber-ser para poderse desplegar, lo hacen de forma explícita o implícita:

- Explícita, con mucha frecuencia en los discursos propios de un contexto educativo dominado por la ceremonia: una alocución inaugural, la proclamación de objetivos para una institución escolar, un plan de desarrollo, un programa, etc. En tales contextos, parece obligatorio hablar de cierta manera; la situación dicta las frases, el vocabulario está restringido a una cornucopia que no representa la abundancia, sino –paradójicamente– la escasez. Basta con decir ciertas cosas, de cierto modo, para que quienes están ahí con el fin de hacer existir ese discurso reconozcan al emisor como uno de los suyos (¡y pensar que entre las pocas cosas que se mencionan está la de la “autonomía”!).
- Implícita, sobre todo en textos un poco más elaborados (hasta pueden llevar el nombre de “investigaciones”) pero conducentes a igual horizonte: la educación debe ser de tal y de tal forma; o, lo que es lo mismo: no debe ser ni así, ni asá.

La crítica a esta posición no está basada en una negativa a tener propósitos. Al contrario, tal vez nada

¹ “Nos inclinamos a considerar equivocado lo que nos causaría displacer aceptar como cierto” (Freud, 1915:19).



se emprendería en su ausencia. Pero enarbolar ideales inspirados en móviles sin aparentes resquicios morales, es distinto a proponerse algo en función de conocer sus condiciones de realización. Quien está iluminado por las aspiraciones más puras no considera necesario estudiar en qué contexto son realizables y, entonces, lo enunciado como bueno sustituye la demostración y la construcción de lo posible.

De otro lado, están los trabajos (más escasos) que no requieren el deber-ser para desplegarse. Basil Bernstein es uno de los autores que obra bajo tal condición. Por eso, una de las pocas veces que se pronuncia en ese sentido, afirma: “Una recomendación para un sistema educativo es que sus resultados sean relativamente impredecibles”. Es decir, cuando parece enunciar un ideal, habla en términos de incertidumbre: en lugar de resultados predecibles (o sea: objetivos, propósitos, misión, visión, etc.), tenemos el reconocimiento del valor de lo eventual. En esta misma dirección

están los trabajos sobre la historia de la práctica pedagógica en Colombia, que, de un lado, reconocen tener poca capacidad para referirse al futuro, dada la importancia otorgada a la contingencia; y, de otro lado, se ocupan de períodos sobre los que es posible tomar, aunque sea, una mínima distancia temporal. Esta distancia permite ver los procesos no a la manera de la implicación necesaria de los antecedentes (ni, menos, de los propósitos), sino como los caminos trazados por la compleja articulación de lo que pugna por existir. Así, pongamos por caso, las relaciones efectivas entre los medios de comunicación y la escuela en Colombia, durante el siglo XX, se revelan distantes de los prejuicios y del deber-ser enunciado desde la escuela; se trató, más bien, de una serie inmensa de factores, uno de los cuales, pero sólo uno, estaba constituido por esas posiciones (Álvarez, 2003).

En el marco de esta perspectiva se ubican los trabajos de Philippe Ariès, particularmente sobre la infancia. Este autor encontró que, a partir de determinado momento, los niños dejan de ser pintados como adultos en miniatura y comienzan a ganar particularidad. Para él, la infancia es un “invento” (un *efecto*) más o menos reciente y, así producida, viene a ser aquello de lo que se ocupa la escuela, en dos sentidos: atenderla –que es el más evidente– y, sobre todo, hacerla existir, inventársela en cada momento. A su vez, en tanto producto, la infancia le da sentido a la escuela, la hace existir, le da razón de ser. Sin una, no hay la otra.

Esto contrasta con la “percepción inmediata”: según una primera impresión, de un lado, la infancia sería algo objetivo: está allí, siempre ha sido así y siempre lo será, y se la reconoce bajo las ideas de desvalimiento, carencia, latencia, etc.; y, de otro lado, la escuela sería un dispositivo necesario, natural y, en consecuencia, eterno. Quien obra bajo esta percepción, se autoriza a

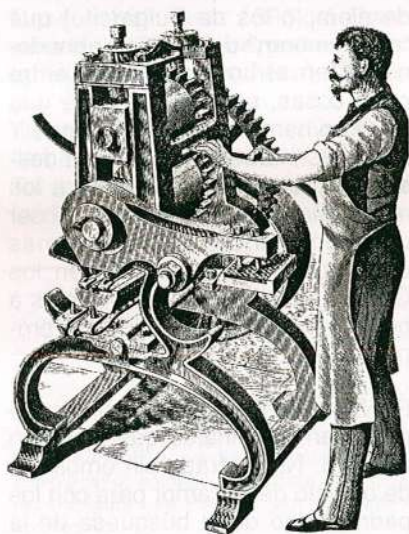


decir cómo "deben ser" las cosas con los niños en la escuela. Pero, de esta manera, la "percepción inmediata" se revela poco perceptiva y bastante mediada: es ya el producto de una fuerte mediación de discursos y prácticas que han producido el hecho de una ilusión (no al contrario), que han logrado cierta hegemonía a lo largo de un extenso período. Quien está advertido de esto no puede decir "deber-ser" y entonces intenta una explicación de cómo se han construido esos hechos.

Pues bien, me quiero apoyar en algunos de los hallazgos de esa tendencia para rastrear las ideas de infancia y de escuela en la literatura, tal como Philippe Ariès lo hizo en la pintura. Para comenzar esa investigación, aquí haré una somera lectura de dos cuentos muy populares: *Pulgarcito* y *Las aventuras de Pinocho*.

Pulgarcito

Pulgarcito forma parte de una serie de relatos populares (franceses, célticos e italianos), transmitidos de generación en generación, sobre los que hay múltiples versiones y varios trabajos de "recolección", no exentos de aditamentos y supresiones.



Otras "transcripciones" de la historia, como la de los hermanos Grimm, por ejemplo, dan como resultado una anécdota muy distinta. En el presente escrito hablaremos del *Pulgarcito* que encontramos bajo la rúbrica de Charles Perrault, sin olvidar que hay una disputa al respecto (Cf. Soriano, 1968)², y que el relato es anterior al período vivido por el autor francés (1628-1703). La historia apareció por escrito en un libro de varios cuentos que, según un cronista de la época, tienen por autores "[...] un número infinito de padres, madres, abuelas, gobernantas y grandes amigas, que quizá desde hace más de mil años, pujando los unos con los otros, han agregado muchas agradables circunstancias que después permanecieron, mientras que todo aquello que estaba mal pensado ha caído en el olvido" (citado por Soriano, 1968: 29). Vamos al cuento.

En casa de Pulgarcito "eran muy pobres y sus siete hijos los empobrecían más" (157)*. Para aquel momento, se tenían muchos niños, de los cuales sólo algunos sobrevivían: abundaba la muerte infantil por hambre y enfermedad; por eso no era extraño hallar las prácticas de entrega, venta y abandono de niños. Hoy, en cambio, según Freud (1929: 87), "haber limitado la mortalidad infantil, nos obliga a la máxima reserva en la concepción de hijos, de suerte que en el conjunto no criamos más niños que en las épocas anteriores al reinado de la higiene".

Los padres de Pulgarcito se encuentran en un límite no infrecuente para

² Inicialmente, se hizo creer (con un fondo de ambigüedad) que el autor era Charles Perrault hijo (Darmancour). Pero cuando el libro se hizo más famoso, necesitó autor, y, mientras más prestigioso, mejor (Soriano, 1968: 40). Así, Perrault padre comienza a aparecer como inventor del género e incluso se le anexan cuentos de otros autores, escritos antes.

* Las citas de *Pulgarcito* y de *Las aventuras de Pinocho* irán acompañadas de una cifra entre corchetes; ella indica la página donde se encuentra el texto, según la versión reseñada en la bibliografía.

la época: ya no pueden alimentar a sus hijos; entonces, discuten sobre el destino que han de darles. Con el razonamiento de hoy, con la lógica de nuestro deber-ser, resulta inimaginable la decisión: "el hambre fue tan grande, que aquella pobre gente decidió deshacerse de sus hijos" (157); resuelven dejar a los niños en el bosque, porque de ese modo podrían hallar, por azar, alguna solución. Y, efectivamente, en cierto momento del cuento encuentran una vivienda donde una señora los atiende... pero eso es después y no está desprovisto de problemas. Volvamos atrás.

La decisión de dejar a los hijos en el bosque (la palabra "abandonar" tal vez no cabría en la época) *no está acompañada de remordimiento*. Si bien la madre se resiste al comienzo, "después de considerar lo doloroso que sería para ella verlos morir de hambre, consintió y, llorando, fue a acostarse" (157). Con la perspectiva de hoy, hablaríamos de un acto criminal; esos padres podrían ir a la cárcel. Y si no hay remordimiento, uno pensaría la presencia de alevosía, de perversidad. Pero ni una cosa ni otra: los padres están pensando en el bien de sus hijos; ojalá encuentren, por azar, algo mejor al destino anunciado en el hogar, o sea, la muerte por hambre. En el bosque, a lo sumo podría suceder lo mismo; en consecuencia, la decisión es práctica y moralmente *buena*.

Si los padres pensarán en los niños como carentes, no los dejarían alejarse hacia el bosque. Más bien reconocen en ellos algo de la potencialidad del adulto, y por eso se autorizan a librarlos a semejante albur. Lo veremos hacia el final: la buena salida está justo del lado del trabajo infantil... otro asunto rechazado hoy de forma estereotipada, como si fuera algo malo *per se*. Llegaremos a ese punto del relato.

Todo sería una típica anécdota histórica si no fuera porque Pulgarcito oye la conversación de los padres

y, entonces, introduce la complicación típica gracias a la cual cambiarán algunos roles, se requerirá la cualificación de algunos actores, las acciones se dirigirán a la conjunción con cierto objeto, etc. Pulgarcito escucha el plan y, sin embargo (dicho en la lógica de hoy), no esgrime los derechos del niño (algo impensable en la época), no acusa a los padres ante autoridad competente; más bien sale muy temprano y consigue pequeñas piedras con las cuales va a marcar el camino de ida, con el fin de convertirlo en camino seguro de retorno. La estrategia del pequeño funciona.

Mientras los niños están en el bosque, el señor del pueblo manda a la familia diez escudos que les debía; la madre compra más comida de la necesaria y, cuando lamenta no poder usar el excedente, los niños retornan. Y, como si hubiera habido pérdida accidental y no abandono deliberado, todos se ponen contentos. El azar parece regresarlos al seno de la familia, signo de unión y de bondad, y pasan a los detalles: "y tú, Pedrito, cómo te has puesto de barro" (161).

Ahora bien, las condiciones adversas no han dejado de estar ahí: "la alegría duró lo que duraron los diez escudos" (162). Así, en cuanto gastaron el dinero, "volvieron a caer en su primera aflicción y decidieron abandonarlos de nuevo y, para no errar el golpe, llevarlos mucho más lejos que la primera vez" (162). Quizá tengan suerte en el bosque y encuentren la manera de hacer fortuna. El último pedazo de pan es el único alimento con que contarán los niños. Pulgarcito ha vuelto a escuchar, pero esta vez la puerta está con llave y no puede hacer su recolección. Entonces decide aplicar la misma estrategia, esta vez con su ración de pan. El sendero de piedritas es un plan inteligente, propio no de un niño carente, necesitado de la escuela para ser capaz, para saber qué hacer en la vida cuando sea grande. Es el más pequeño y ya sabe qué hacer. El camino de mi-

gas de pan es, por su parte, una muestra de recursividad. Pero otro azar va a dejarlos ahora sí ante lo impredecible: los pájaros se comen las migas. El camino de vuelta será largo.

Los niños llegan con dificultad a una casa y les abre una mujer, de aspecto bondadoso; tras ciertos trámites y aclaraciones, los hace seguir y les ofrece cobijo... Hasta aquí, la historia le da la razón a la medida extrema de los padres. Mas en esa vivienda habita un Ogro, no lo suficientemente malo como para no haber conquistado una mujer y haber tenido siete niñas. Un ogro, es decir, según las mitologías de los pueblos del norte de Europa, un gigante que se alimenta de carne humana. El monstruo descubre a los niños gracias a su olfato, pero la mujer lo convence de no comérselos en ese momento, pues acaba de tomar su cena. O sea, tampoco es una mujer con muchos reparos a los hábitos caníbales de su esposo; y no por inmoral, sino, con toda seguridad, por ser una mujer de su época.

En una medida de prevención, Pulgarcito cambia los distintivos de las niñas por los de él y sus hermanos. El Ogro, un poco ebrio e inquieto durante la noche por la falibilidad del banquete con el cual piensa agasajar a sus amigos, se levanta y, verificando a oscuras los distintivos, degüella a sus hijas sin saberlo. Concilia el sueño, y los niños, a su vez, huyen.

A la mañana siguiente, comprobando el engaño, el Ogro recurre a sus botas mágicas, botas que avanzan siete leguas (más o menos 39 kilómetros) a cada paso, que saltan ríos y montañas como si tal cosa. Les da alcance, pero no los ve, pues ellos están escondidos en una roca hueca. Como el uso de esas botas produce agotamiento, para descansar, justamente encima de la roca, y se queda dormido. Con sigilo, Pulgarcito envía a sus hermanos a la casa de los padres (la cual se



halla cerca), y hurta las botas que —encantadas como están— se agrandan o achican, según la piedad de quien las calza.

El niño no tiene igual fuerza que su enemigo, no tiene igual tamaño, pero sostiene una lucha entre iguales y vence. Si el Ogro hubiera ganado, no podría acusárselo de actos violentos contra menores; además, acostumbra comer niños: él es quien tiene ganado el derecho... que no resulta tan malo, ni tan raro, cuando sabemos de padres (ahí están de ejemplo los de Pulgarcito) que "acostumbran" dejar niños abandonados en el bosque donde, entre otras cosas, está el riesgo de que un Ogro hambriento se los coma. Y no necesariamente es éste un desalmado: "aunque se comiera a los niños pequeños, no dejaba de ser un buen marido" (171). Además debe sostener la creencia en los Ogros, lo cual ayuda a los demás a poner las implicaciones de los propios actos del lado del otro.

Provisto Pulgarcito de las botas, se producen dos finales que lo alejan de casa. No se trata, sin embargo, de un acto de desamor para con los padres; sino de la búsqueda de la



calificación necesaria para regresar en un estado que varíe las circunstancias iniciales.

En el primer final, regresa a donde la esposa del Ogro, la engaña y se queda con sus riquezas; vuelve a casa de los padres, donde lo reciben con mucha alegría.

En el otro final, se va a la Corte donde se entera de una preocupación imperante: la suerte de los soldados, que batallan lejos. Pulgarcito se convierte en el mensajero real, muy bien recompensado por el Rey (realiza, además, otros trabajos de mensajería, especialmente para parejas). Con su fortuna, después de algún tiempo, vuelve a casa y comparte la buena suerte; en otras palabras, no había olvidado a sus padres, no hay rencor, pues el destino acaecido no fue vivido a modo de abandono. Ellos se alegraron de una manera que "no es posible imaginar" (172). Compra cargos y vuelve noble a su familia, con una excelente posición en la corte. En otras palabras, el *trabajo infantil* soluciona al final el conflicto; y no parece algo inusual, pues al comienzo los padres habían comentado que los niños estaban muy pequeños *para ayudarles a ganar dinero*.

Pinocho

Desde 1881 hasta 1883, el *Diario para los niños*³ publica, por entregas, la "Historia de un muñeco", firmada por Carlo Collodi⁴. En 1883, estas historias se reunirán en un volumen, llamado *Las aventuras de Pinocho*. Tal como ocurrió con las de Perrault, la de Pinocho también estaba ins-

³ "En 1745, John Newbery abrió en Londres la primera librería y editorial para niños, La Biblia y el Sol, y editaron gran número de obras. En 1751 lanzó la primera revista infantil del mundo: The Lilliputian Magazine". Enciclopedia digital *Encarta*.

⁴ Seudónimo de Carlo Lorenzini (1826-1890), florentino que se desempeñó como bibliotecario, soldado, periodista, funcionario, traductor -de Perrault, por ejemplo- y escritor.

pirada en otra anterior: esta vez, una vieja leyenda toscana. Pero ahora no sólo se pasa de la palabra a la escritura; además, se la inscribe en otra época, pues tal vez es uno de los primeros en escribir de forma consciente para niños: pensando en la psicología, las costumbres, y las maneras de hablar y las bromas que supuestamente les son propias a los niños.

Según cuenta el narrador, el carpintero Geppetto le pide al colega Cereza un trozo de madera para fabricar un títere. Cereza aprovecha para deshacerse de un leño parlante que lo tiene desconcertado. Estando aún sin labrar, Pinocho insulta a Geppetto; en medio de la fabricación, le saca la lengua, juega con su peluca... al punto que el viejo exclama: "¡No estás aún concluido y ya empiezas a faltar al respeto a tu padre!" (31); y, una vez terminado, le pateo la nariz, sale corriendo y termina haciendo recaer sobre el anciano carpintero sospechas de maltrato infantil⁵, razón por la cual el carabnero se lo lleva preso.

En tres capítulos (de un total de 36), tenemos ya una aproximación a la infancia: necesidad de adiestramiento (lo cual contrasta con *Pulgarcito*, donde los niños se comportan de otra manera) y susceptibilidad de maltrato (mientras una *sospecha* manda a Geppetto a la cárcel, un abandono *real* de los hijos no le merece un castigo a los padres de Pulgarcito).

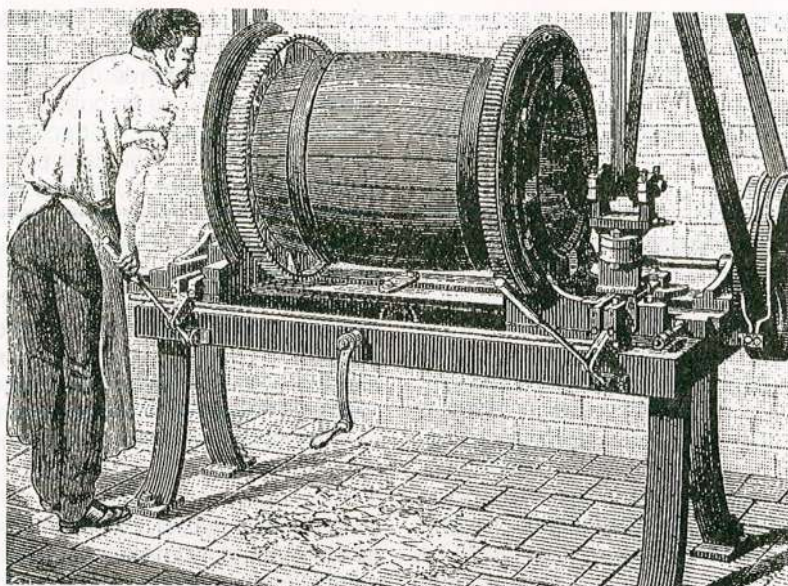
Luego atraviesa el bosque, sitio peligroso para los niños de esta época (sin embargo, lugar donde en época anterior se libraba a los niños a su suerte). Una vez en casa, el Grillo Parlante le advierte sobre la suerte de los muchachos que de-

⁵ "¡Pobre títere! ¡Tiene razón en no querer volver a su casa! ¡Quién sabe qué tan duro lo pellizcará ese viejo Geppetto!". [...] "¡El tal Geppetto parece un caballero, pero es un tirano espantoso con los niños! ¡Si le dejamos al pobre títere entre las manos, es capaz de volverlo añicos!" (34).

sobedecen a sus padres y abandonan por capricho la casa (36). A esto, Pinocho responde: "[...] si me quedo, me sucederá lo que les sucede a los otros niños; es decir, que me mandarán a la escuela y, por mi gusto o por la fuerza, tendré que estudiar" (36). La infancia queda definida, de entrada, frente a la responsabilidad que puede brindarle la escuela a un niño; por eso, Pinocho no tiene -como declara él mismo- ni pizca de ganas de estudiar y se divierte más persiguiendo mariposas, subiéndose a los árboles y robando nidos (36); por eso, la escuela le da dolor en todo el cuerpo y siente ansias y calambres cuando se la nombran (161). Pero, justo por esas mismas razones, no puede dejar de ser muñeco.

Geppetto regresa de la cárcel y Pinocho le promete ser muy bueno: "Te aseguro que iré a la escuela, estudiaré y te honraré" (55). Geppetto le rehace los pies (quemados por una torpeza del muñeco) y Pinocho le anuncia: "Para recompensarte por todo lo que has hecho por mí, quiero ir en el acto a la escuela" (56). Como no tiene cartilla, el viejo la compra con el producto de la venta de su único abrigo, en pleno invierno. Va hacia la escuela, pero como





un niño "descontrolado": "fabricaba en su cabecita la mar de castillos en el aire" (59). De pronto, pífanos y tambores llaman su atención. "Para ir a la escuela hay siempre tiempo" (60), se dice, y dirige sus pasos hacia la fuente de la fanfarria; debe pedir ayuda a un niño para conocer el contenido de un cartel y enterarse de una presentación de sus semejantes, los títeres. Para entrar, pretende vender sus prendas al niño, pero éste ni se deja deslumbrar —pues tiene más juicio que Pinocho (62), ya que está escolarizado (sabe leer)—, ni le compra el libro, pues un niño juicioso nunca compra nada a los otros niños.

No obstante, un ropavejero ha oído la conversación y le compra la cartilla. Con su presencia, Pinocho forma un desorden en el teatro y es capturado por el dueño, Comecandela, quien acaba por apiadarse de él, dada la conmovedora historia de Geppetto, y le regala 5 monedas de oro.

La zorra y el gato, experimentados timadores, codician ese botín; en tanto pillos, le señalan a la víctima los males producidos por el estudio (tal como, más adelante, harán los

malos compañeros de la escuela)⁶. Los que no van a la escuela, han escogido un mal camino y por eso hablan mal de ella. La zorra y el gato le mienten: las monedas pueden sembrarse como las plantas y multiplicarse como los frutos. Es decir, pese a tener la solución de sus problemas en la mano, cae otra vez víctima de su "muñequedad", o sea, de la falta de escuela que le evitaría ser estafado. "No te fíes, hijo mío, de aquellos que prometen hacerte rico de la noche a la mañana" (87), le indica el alma del Grillo Parlante, a quien aplastó luego de emitir sus primeros consejos... en vano, como ahora, pues, tal como hacen todos los muchachos sin juicio ni corazón, se alzó de hombros y se fue con la zorra y el gato (117). Luego, sorprendido de no encontrar el árbol pletórico de monedas, un papagayo le explica el timo y agrega una

⁶ "Con una lección de más o de menos se queda uno tan burro como antes" (168). Y qué dirá el maestro, pregunta Pinocho, y sus amigotes le contestan: "Al maestro se lo deja decir. Precisamente se le paga para que refunfuñe" (168). Ante el reclamo de que su dedicación los hace quedar mal a ellos, Pinocho les pregunta qué debe hacer. Ellos le responden: "Debes aburrirte también con la escuela, los libros y los maestros, que son nuestros mayores enemigos" (172).

moraleja de su propia cosecha, sobre la manera de ahorrar dinero honestamente (123).

De igual forma, cuando intenta robar un racimo de uvas, el dueño del viñedo lo sermonea ("El hambre no es jamás una razón para apropiarse de los bienes ajenos" (132) y lo pone de perro guardián. Con el collar apretándole el cuello, exclama: "¡Por supuesto que me lo merezco! He querido echar plantas de desobediente y vagamundo... he seguido los consejos de los malos compañeros y por esto la desgracia me acompaña. Si hubiera sido un niño bueno como hay tantos; si hubiera querido estudiar y trabajar [...]" (134). El hada tampoco se ahorra su reconvención, cuando Pinocho no se quiere tomar un remedio, pese a haberse comido por adelantado el dulce ofrecido como recompensa: "Todos los niños debieran saber que un medicamento tomado a tiempo puede salvarlos de una enfermedad grave y aun de la muerte". Un poco más allá, el hada lo deja rabiarse para "quitarle el vicio de decir mentiras, que es el vicio más feo y detestable que puede tener un niño" (113). Y, más adelante, lo previene de crecer ocioso, porque, cuando esté grande, ya no habrá remedio (163)⁷. Y un poco más allá: "los niños que no oyen los consejos de los que saben más que ellos, van siempre al encuentro de la desgracia" (201).

En fin, toda la obra está caracterizada, como señala Gubern (2002: 440), por una "obvia voluntad didáctica"⁸. Pinocho la sufre desde su posición: "[...] cómo somos de desgraciados los pobres niños. ¡Todos nos regañan! ¡Todos nos amonestan! ¡Todos nos dan consejos! Si los dejáramos hablar, con seguridad que todos querrían actuar como si

⁷ "Educa al niño de hoy para no tener que castigar al hombre de mañana".

⁸ En esto, el muñeco de madera no está solo: entre 1877 y 1890, su autor produjo series de cuentos educativos —para un total de siete volúmenes— sobre un personaje llamado Gianettino [Juanito].



fueran nuestros padres y nuestros maestros" (89).

Los adultos hablan como maestros y todo niño *debe estudiar en la escuela*; la infancia viene adherida a ella. Aunque sea un muñeco de madera, sus muestras de humanidad (hablar, llorar), justifican la idea de estar obligado a ir a la escuela, pese a poseer características propias de su otra especificidad. Su ser de muñeco parece explicar sus fracasos.

Pero el camino de Pinocho es de perfeccionamiento, tal como el conocimiento y los valores escolares lo prometen. Él mismo se propone como modelo para los niños: "¡Si al menos mi desgracia pudiera servirles de lección a todos los niños desobedientes que no tienen amor al estudio!" (235); además, "de los niños que tienen buen corazón, aun cuando sean un poco granujas y desjuiciados, hay siempre que esperar algo bueno [...] se aguarda que tarde o temprano entren por el buen camino" (162).

Ante su deseo de ser un hombre, el hada le advierte que debe merecerlo⁹: "los niños buenos tienen cariño al estudio y al trabajo [...] dicen siempre la verdad [...] van por su propio gusto a la escuela" (160-161). Al día siguiente, Pinocho entra a una escuela pública. Sin embargo, ello no le basta a Collodi para terminar la historia e introduce otra complicación: los malos estudiantes están molestos porque Pinocho se vuelve prolijo¹⁰; usando la debilidad de su compañero por averiguar la suerte de Geppetto, lo conducen a nuevas aventuras, al término de las cuales vuelve a exclamar: "¡Cuánto

mejor hubiera sido haber ido a la escuela! ¡Me he dejado llevar por los malos amigos y ahora las estoy pagando!" (188); "¡A cada momento prometo corregirme y nunca lo cumplo!" (194).

Y cuando ha mantenido su palabra durante un año y ha sido el más sobresaliente de la escuela, el hada le promete convertirlo en niño al día siguiente. Pero vuelve a caer: se va al País de los Juguetes, donde "no hay escuelas; no hay maestros, no se conocen los libros" (204). Este, en realidad, es el camino expedito a ser un burro: "está escrito en los decretos de la sabiduría —dice una marmota— que todos aquellos niños perezosos que se aburren con los libros, la escuela y los maestros, acaban tarde o temprano por convertirse en burros" (223)... Y Pinocho se convierte, efectivamente en uno. Recordemos: es el calificativo propio de quien no acertaba en la escuela, y debía usar el gorro con el letrero "burro", según muestra la ilustración de nuestra *Alegría de leer*.

En tanto muñeco, Pinocho posee una identidad ambigua; es como un Adán detenido en el momento anterior al soplo que le insufló la vida.



Pero mientras el muñeco de barro no ha requerido hacer méritos para pasar de barro a hombre, el hombrecito de madera sí.

Sin aceptar la escuela, Pinocho tampoco tiene conciencia y no será redimido de su situación de cosa, aunque aspire a ser un niño con infancia; se cree lleno de iniciativa (es decir, sin infancia), pero todo lo conduce al fracaso: "en la vida del títere había siempre algo que estropeaba todas las cosas" (199). Durante la mayor parte del libro, está cometiendo trasgresiones, a causa de una ignorancia de la cual no tiene responsabilidad. Por eso, el Grillo Parlante es una "conciencia moral" *exterior*, en esa dirección, el crecimiento de la nariz a causa de las mentiras, así como su conversión en burro, cuando intenta evadir toda responsabilidad, materializan el castigo ejercido por el *otro*, cuando no hay un autocontrol del sujeto, condición buscada justamente por la escuela.

Pinocho parece no aceptar el papel de carente, de necesitado de la escuela, y por eso tropieza todo el tiempo, no tiene éxito, se ve enredado en las más absurdas situaciones. Al "muñeco" de madera le hace falta algo para ser verdaderamente humano: no tiene alma, ni entendimiento, no se acuerda de su creador, camina sin rumbo y anda a gatas¹¹. Será castigado y amenazado de quedarse en su estatuto de muñeco de madera, si no procede de manera correcta, única forma de ganar el derecho a ser inducido, desde su materialidad de *cosa* a su especificidad de *niño*.

Así, una serie de experiencias *formativas* lo volverán responsable y entonces acepta "adolescer"; se vuel-

⁹ Los primeros hombres del *Popol Vuh* —hechos también de madera— así mismo tuvieron su oportunidad; pero la desperdiciaron y fueron castigados por el Corazón del Cielo con un gran diluvio.

¹⁰ "Francamente, a mí me parece un espléndido niño, lleno de deseos de aprender, muy asiduo a su escuela, obediente y afectuosísimo [...]" (192), dice un viejo del pueblo.

¹¹ Es la descripción del *Popol Vuh* sobre los primeros hombres: "[...] no tenían alma, ni entendimiento; no se acordaban de su Creador, de su Formador; caminaban sin rumbo y andaban a gatas. Ya no se acordaban del Corazón del Cielo [...] Fue solamente un ensayo, un intento de hacer hombres".

ve un *adolescente*; es decir, un escolar —al menos de forma potencial—, pues la escuela actúa sobre esa carencia, la cual vendrá a cuidar y a llenar. Ya no caerá en tentaciones objetables desde el punto de vista moral, no buscará el placer fácil, no soñará con un mundo sin libros y sin profesores. Acepta definitivamente ir a la escuela; es decir, ser un buen hijo, un buen niño. Pinocho-muñeco da lugar a Pinocho-niño¹² y deja atrás su antiguo cuerpo: los restos inanimados del muñeco yacen, al final, en una silla. El Grillo ya no tendrá trabajo, pues Pinocho lo “internaliza”, efecto logrado sólo en relación con la escuela.

A manera de conclusión (parcial)

Los cuentos estudiados pertenecen a momentos distintos:

- De un lado, textos como los atribuidos a Perrault (o a los hermanos Grimm, por ejemplo), eran tradiciones orales y no estaban pensados para un público infantil: niños y adultos escuchaban las mismas cosas y tenían más o menos las mismas lecturas¹³. Hoy, el uso de tales textos *como si fueran para niños*, en el ámbito de la “literatura infantil”, contribuye a crear en la eternidad de la infancia.
- De otro lado, *Las aventuras de Pinocho* se conciben en otra condición: cuando se afirma que Collodi empezó a escribir pensando en la psicología de los niños, es porque antes de ese momento no tenían una “psicología” distintiva, más allá de la que les correspondía por ser adultos pequeños... Y si el autor italiano comenzó a escribir teniendo en cuenta las costum-

bres y la manera de hablar de ellos, es porque antes sus costumbres y maneras de hablar se pensaban en función de aquellas que estaban en pos de aprender... Y si Collodi empezó a escribir pensando en sus bromas, es porque antes sus “escatologías” no habían sido consideradas como algo que les diera especificidad.

De tal manera, si Collodi fue uno de los primeros en escribir de forma consciente para niños, se supone una época anterior sin literatura infantil, *en tanto no había infancia*. Es decir, se reconoce ese momento histórico como constituido ya por un ámbito para la infancia; ámbito explorable, por ejemplo, mediante una literatura que comience a serle propia.

De tal manera, *Pulgarcito* y *Las aventuras de Pinocho* parecen materializar, respectivamente, el antes y el después de la infancia y de la escuela (no en vano, entre Perrault y Collodi hay dos siglos: del XVII al XIX):

- En la historia de Pulgarcito, no hay infancia, ni desde la perspectiva de los adultos, ni desde la de los niños. Eso permite desplegar ciertas prácticas sociales que, vistas desde hoy, nos resultan anti-naturales. En términos de Piaget (1969: 193), los niños tendrían una estructura mental idéntica a la del adulto, aunque funcionalmente fueran diferentes. No son iguales a los adultos, por supuesto, pero tampoco habitan un período especial de vacío, llenable por la escuela. La escuela, vale la pena subrayarlo, no aparece en el cuento.
- La historia de Pinocho, en cambio, se escribe en el marco del propósito de *educar esa etapa de la vida*. Ya no se trata solamente de distraer, propósito seguramente pertinente en otra época. De esta manera, el italiano trabaja no sólo en condi-

ciones de existencia de la infancia (reproducida también con ayuda de la “literatura infantil”), sino de una infancia unida a la idea de educar, de formar *en la escuela*. Con la escuela, Pinocho internaliza la conciencia, es ascendido a ser humano y adquiere la falta que acepta someterse a llenar, gracias a los buenos oficios de esa institución. Es cuando ya la moral va por dentro y, entonces, desaparece la función del grillo y el hada se vuelve madre.

Bibliografía

- ÁLVAREZ, Alejandro (20039). *Los medios de comunicación y la sociedad educadora. ¿Ya no es necesaria la escuela?* Bogotá, Magisterio-UPN.
- ANÓNIMO. *Popol Vuh. Las antiguas historias del Quiché*. Centroamérica, Educa, 1984.
- ARIÈS, Philippe (1960). *L'enfant et la vie familiale sous l'Ancien Régime*. Paris, Seuil, 1973.
- COLLODI, Carlo. *Pinocho*. Bogotá, Panamericana, 2001.
- FREUD, Sigmund (1915). *Introducción al psicoanálisis*. Madrid: Alianza, 1969.
- (1929). *El malestar en la cultura*. En: *Obras completas*, Vol. XXI. Buenos Aires, Amorrortu, 1990.
- GUBERN, Roman (2002). *Máscaras de la ficción*. Barcelona, Anagrama.
- PERRAULT, Charles. *Cuentos de antaño*. Madrid, Anaya, 1983.
- PIAGET, Jean (1969). *Psicología y pedagogía*. Madrid, Sarpe, 1983.
- QUINTANA, Evangelista. *Alegría de leer*. Bogotá, Voluntad, s/f.
- SORIANO, Marc (1968). *Los cuentos de Perrault. Erudición y tradiciones populares*. Buenos Aires, Siglo XXI, 1975.

¹² Tal como los hombres de madera dan lugar a los hombres de maíz, éstos sí comprometidos con el culto a sus dioses.

¹³ Los escasos libros para niños que existían en esta época eran abecedarios, silabarios, bestiarios o catones.